

Cine experimental

Título:

Glosa bienintencionada a unas palabras de Ortega Gasset

Autor/es:

Cabezas, Juan Antonio

Citar como:

Cabezas, JA. (1946). Glosa bienintencionada a unas palabras de Ortega Gasset. Cine experimental. (10):160-161.

Documento descargado de:

<http://hdl.handle.net/10251/42738>

Copyright:

Reserva de todos los derechos (NO CC)

La digitalización de este artículo se enmarca dentro del proyecto "Estudio y análisis para el desarrollo de una red de conocimiento sobre estudios fílmicos a través de plataformas web 2.0", financiado por el Plan Nacional de I+D+i del Ministerio de Economía y Competitividad del Gobierno de España (código HAR2010-18648), con el apoyo de Biblioteca y Documentación Científica y del Área de Sistemas de Información y Comunicaciones (ASIC) del Vicerrectorado de las Tecnologías de la Información y de las Comunicaciones de la Universitat Politècnica de València.

Entidades colaboradoras:



FilmoTeca
de Catalunya

Glosa bienintencionada a unas palabras de Ortega y Gasset

Por JUAN ANTONIO CABEZAS

Como conclusión a su anterior artículo, "Notas para una diferenciación esencial entre cine y teatro", Juan Antonio Cabezas comenta en este artículo la conferencia "Idea del Teatro", pronunciada por Ortega y Gasset en el Ateneo.

Podría hacerse una definición del arte cinematográfico diciendo que es la poesía plástica, la metáfora visual por antonomasia, en la cual no se compara una realidad con otra, sino que la realidad se transubstancia en su propia imagen superada. Considerado, pues, el cine entre las artes que podemos llamar literarias —novela, poesía, teatro—, lo encontramos superior a todas en eficacia expresiva, ya que actúa sobre el más directo y vivo de nuestros sentidos, aunque hayamos de reconocerle inferioridad en el dominio de algunos aspectos que son peculiares a los demás. Sin olvidarnos de que mientras la novela, la poesía y el teatro llevan milenios de cultivo en las diversas etapas de civilización, el cine acaba de cumplir sus primeros cincuenta años.

Arte ha de ser principalmente juego, ficción, representación. Sustitución ilusionada y apasionada de la realidad. Pero teniendo presente que de este libre juego, al que se entregan el creador y sus espectadores o lectores, ha de quedarnos en el alma un como regusto por la otra realidad artística y humana. Realidad imaginada, superada. Superrealidad.

Y de ahí la apetencia de ese otro mundo —el de la farsa— que siente el hombre y ha sentido desde sus estadios primigenios. "Esa extraña realidad de la farsa —ha dicho sabiamente Ortega— es una dimensión imprescindible de la vida humana." Pero don José Ortega y Gasset se refería al teatro, esa otra fábrica de realidades fingidas que para su descanso busca el hombre en los escenarios. Y nosotros hemos echado de menos entre las palabras de su conferencia magistral una alusión al cine, ya que, si para el autor de *La Rebelión de las masas* el fin primordial del arte escénico es proporcionarnos con su juego esa dulce y siempre anhelada evasión de nuestra seria realidad, acaso hoy tengamos en el cine la fórmula más perfecta de lograr dicha evasión.

La razón es que el cine es un arte total, cósmico. Tiene posibilidades de alucinación muy superiores a todas las demás artes. Puede incorporar a su juego de imágenes —ilusiones al claroscuro— producidas por un simple milagro técnico elementos fundamentales de los tres reinos en que tradicionalmente se divide todo lo creado: el animal, el vegetal y el mineral.

Mientras el teatro está fatalmente limitado a reproducir eternamente los conflictos del sentimiento humano, expresados por el rostro, que no es, como se ha dicho, el espejo del alma, sino su máscara, el cine va más allá. Nos desvela sobre el lienzo de la pantalla esos recónditos y callados dramas que se desarrollan en el mundo oscuro del alma animal y esas maravillosas vidas, llenas de misteriosa actividad, de las plantas y los minerales. Esas luchas íntimas de la materia, de las cuales la desintegración del átomo viene a ser como la gran tragedia final.

Así vemos animales que son excelentes actores, cuya naturalidad nos resulta conmovedora. Y una flor que puede ser una excelente actriz, como pueden serlo una mariposa y una hormiga. En este sentido el franciscanismo del cine es verdaderamente admirable. Alcanza hasta los objetos y las cosas más vulgares. Una puerta, un cerrojo, un pájaro, una piedra, un poco de agua, una superficie de cemento, un insecto y una flor pueden revelarnos el secreto de una gran emoción dramática.

Así, los pobres árboles pintados en los telones del teatro han encontrado su redención y su glorificación en los auténticos árboles trasplantados de sus paisajes nativos al cielo luminoso del celuloide, donde sus yemas de flor o sus cortezas resquebrajadas por los años nos revelan el secreto de sus vidas profundas.

Y en este punto volvemos a recordar las palabras de don José Ortega y Gasset, escuchadas con reconcentrada atención durante su conferencia sobre el teatro, pronunciada en el Ateneo de Madrid: "El teatro —dijo— no es sólo oír, sino ver." Y aun remarcó más su afirmación al dar mayor importancia a lo que se ve que a lo que se oye en el escenario. Y llamó al teatro género "visionario" en vez de literario, por contraposición a la poesía y la novela, para las que sólo hace falta leer o simplemente oír.

Pero en lo que al teatro se refiere, no estamos conformes del todo con el ilustre profesor. Ciertamente que en el teatro intervienen los decorados, los gestos y todo el aparato escénico. Pero todo ello es secundario. En el teatro, y lo decimos con alguna experiencia, lo que realiza la magia de sacar al espectador de su propio



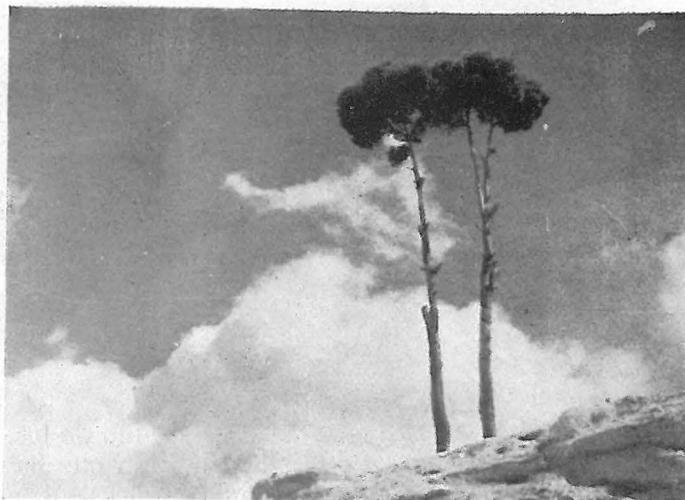
Los animales pueden ser excelentes actores.

mundo para hacerlo reír o llorar con la comedia o la tragedia que se representa en escena es únicamente la palabra. Con decorados o sin ellos, con mejor o peor gesticulación, ante unas simples cortinas o con unos decorados sintéticos y absolutamente convencionales, cuando la palabra tiene la fuerza necesaria para hacer surgir del vulgar actor que sale a escena un auténtico personaje con alma de prototipo, de creación genial, todo lo demás es inútil. Por el oído queda el espectador prendido al asunto de la farsa y sigue su desarrollo, sometida incondicionalmente su voluntad. No negamos, pues, que en el teatro sea necesario ver. Pero jamás puede negarse su primacía a la palabra.

En cambio, todo lo dicho por Ortega y Gasset sería justísimo aplicado al cine. Este nuevo arte, que ha salido como lozano mugrón del viejo tronco teatral, sí que es un teatro visual. Sí que es una acción que entra por los ojos. En él sí que la palabra es lo secundario, porque retrasa el ritmo acelerado de las imágenes, que nada necesitan para expresar lo que se desea, sino presentarse "encuadradas" en el marco luminoso de la pantalla. En el cine sí que la función primordial es la de ver. Es un arte que entra por los ojos.

En el cine esa magia que Ortega pide al arte espectacular o de diversión, que nos trasplante en cuerpo y alma desde el mundo de la seria realidad de cada uno al otro mundo de la ficción, de la farsa, del juego de ilusiones, creado por el verdadero poeta del teatro, del cine o de la novela, sólo puede conseguirse con las imágenes, con lo que se ve. Sin embargo, Hamlet o el arisco Alcalde de Zalamea tienen la misma fuerza mágica ante un decorado que entre unas simples cortinas. Siempre conseguirán trasladar al espectador al mundo de la fantasmagoría, cuya frontera está en la boca del escenario.

Queda, pues, a favor de la afirmación orteguiana una parte de la verdad, en lo que al teatro se refiere: la del gesto de los actores como complemento visual de la palabra. En cuanto al cine, el gesto ha de ser complemento de la imagen. Es en el gesto donde los



Los árboles y plantas nos hablan con su presencia.

dos artes tienen su punto de interferencia. Coinciden en él como coinciden para formar un vértice común los dos lados de un ángulo. Pero nada más. De ese vértice arrancan cada uno hacia su meta opuesta. El teatro, hacia el oído del espectador. El cine, hacia sus ojos. Tal es el fundamento de su radical y sustancial diferenciación. Y de esa coincidencia tangencial arranca el lamentable confusiónismo que existe, sobre todo desde que el cine adquirió la palabra y puede llevarla en conserva al margen de la banda de imágenes que supone la acción, y de hecho, el film.

Por eso no nos cansaremos de insistir en que es necesario, y provechoso, tanto para el cine como para el teatro, que cada día se vaya haciendo más clara esta distinta naturaleza de los dos géneros artísticos-espectaculares que hoy se disputan la atención de los públicos. En la seguridad de que en la medida que tal diferenciación se lleve a cabo, cada uno por su lado tendrá su campo propio y su vida independiente. Del mismo modo que los dos núcleos de una célula, una vez disgregados por el proceso de evolución, adquieren vida independiente y plena.

Y puesto que cine y teatro cuentan con dos sentidos bien diferenciados para actuar sobre la conciencia y la sensibilidad del espectador, no hay ninguna razón que se oponga a esa diferenciación que propugnamos. A medida que cada uno alcance en sí mayor grado de perfección será tanto más completa su independencia. La prueba irrefutable de lo que venimos sosteniendo con respecto al cine es que éste conquistó el mundo por los ojos. Conquistó los grandes públicos del mundo entero cuando estaba más diferenciado, cuando no podía hablar. Cuando actuaba desde la penumbra y el silencio de la sala sobre el sentido que le es propio.

Quede, pues, esta crónica como digresión incidental dentro del tema propuesto, motivada por el silencio del señor Ortega y Gasset respecto al cine, sobre cuya naturaleza y sustancialidad hubiésemos deseado escuchar alguna de sus doctas y agudas reflexiones.